



Mal termina el año 1985. Peor de lo que comenzó. No sólo estamos mal sino que vamos a peor en El Salvador. No es que todas y cada una de las cosas vayan a peor, pero sí el proceso en su conjunto y algunos de sus elementos más importantes. Como quiera que se vea 1985 ha sido un año peor que 1984 para el conjunto del pueblo salvadoreño, aunque algunas de sus partes puedan verlo como más favorable.

En 1984 se tuvieron algunas esperanzas de solución política o, al menos, de llegar a algún modo de negociación, que mejorase algunos de los problemas más graves. Esto se iba a lograr en el interior por medio del diálogo-negociación del gobierno con el FMLN-FDR y en el exterior con avances en el proceso de Contadora. Al terminar el año no se ha podido avanzar nada en el diálogo-negociación y se ha dejado arrinconado y paralizado el proceso de Contadora. El frenazo en ambas líneas tiene un mismo responsable último: Estados Unidos. La administración Reagan ha hecho lo imposible para empeorar las cosas en Centroamérica, mediante la presión violenta, cuando no terrorista, sobre el legítimo gobierno de Managua, con lo cual Contadora se ha venido abajo. Y la administración Reagan ha frenado toda posibilidad sería de diálogo en El Salvador, confiando también aquí más en las armas de la guerra que en las acciones negociadoras. Con lo cual han predominado los extremismos sobre la moderación. La extrema derecha salvadoreña en su triple vertiente económica, política y militar salta de gozo, porque cada vez se aleja más la posibilidad de un arreglo negociado y se acentúa el proceso militar; en contrapartida esta extrema derecha renuncia un tanto a sus prácticas terroristas tan habituales en ella, pues éstas resultan contraproducentes para que el congreso norteamericano dé suficiente ayuda militar y económica.

Lo que va 'mejor' es entonces la guerra. Hay más guerra que el año pasado, aunque probablemente -y esto es lo terrible- menos que el próximo. En 1983 se reconocía que el FMLN había tenido avances sustanciales en el terreno militar; en 1984 se reconocía que la FA había podido contrarrestar la tendencia y que había entrado en el buen camino que le conduciría a la victoria; en 1985 ambas partes dicen que han mejorado en su



potencia y actividad militares, lo cual supone un nuevo empantamiento y recrudescimiento de la guerra. El FMLN ve con optimismo el año no sólo porque ya ha consolidado su nueva estrategia mucho más compleja cada vez sino porque va viendo los resultados de la misma: no ha dejado de tener acciones de envergadura como la del CEMFA y la de Peña Colorada, ha crecido en su capacidad de desgaste al enemigo a quien le habrá causado en este año no menos de 4.000 bajas, ha disminuido sus bajas aunque es difícil cuantificar el número de las mismas y parece haber asegurado sus problemas logísticos de abastecimiento. Nada de esto, sin embargo, ha puesto en peligro de momento a la FA, que recompone constantemente sus bajas, forma cada vez un mayor número de oficiales y sigue con su estrategia de bombardeos, constantes operativos y hostigamiento permanente a la retaguardia del enemigo; cada vez la FA cuenta con mayores recursos bélicos y también con mayor experiencia de campo, aunque no puede decirse que su moral combativa vaya en aumento, sobre todo al experimentar día a día bajas producidas por el estallido de las minas, que ciertamente no vienen de Nicaragua. Vistas así las cosas hay que decir que tenemos guerra para rato. Después de cinco años de duro bregar, nada se ha avanzado en aproximarse al final. Ha avanzado cada uno de los ejércitos, incluso puede discutirse si ha avanzado más a prisa uno que otro, pero la guerra es la que ha avanzado extendiéndose más por todo el país, haciendo cada vez mayor daño al pueblo, impidiendo iniciar el camino de la reconstrucción. Todo esto obligaría a intentar el camino del diálogo-negociación, pero de hecho lo está impidiendo, sea porque cada parte confía en su fuerza militar, sea porque cada parte teme la fuerza que al contrario le da su potencia militar.

En estas circunstancias y, no obstante, el millonario aporte de los norteamericanos la economía no marcha. No sólo no marcha, es que no puede marchar. La llaman economía de guerra porque es la guerra la que se lleva los mayores recursos nacionales e internacionales y porque es la guerra la que imposibilita cualquier forma seria de desarrollo económico. Todos los países latinoamericanos se debaten en gravísimos problemas económicos y junto con ellos los centroamericanos: Nicaragua está en gran crisis econó-



mica por la guerra, Guatemala está en gran crisis económica por sus propios problemas estructurales y lo mismo Costa Rica u Honduras. También El Salvador sufre de males estructurales internos agravados no sólo por la estructura del comercio internacional sino también por la coyuntura de los precios de exportación e importación. Pero todo esto se agrava con la guerra. El ministro de planificación, Dr. Fidel Chávez Mena ve algunos índices positivos como 1.6 de crecimiento económico, la ampliación del crédito en 1.500 millones de colones y el aumento en la producción de granos; al mismo tiempo reconoció puntos negros como la baja en la inversión, el déficit fiscal que este año llegará a 700 millones de colones y la deuda externa que alcanzará los cinco mil millones de colones. Pero esto no es lo peor, lo peor también en lo económico está por venir. Ya se anuncian medidas de devaluación por medio del cambio único, ya se temen graves desajustes económicos debidos entre otras cosas a una inflación que ya en 1985 fue al menos del 30% y que en 1986 habrá de ser mayor, ya se prevén aumentos en los impuestos que, si de momento fueran a gravar a los que más tienen, pronto repercutirán sobre los que tienen menos. La situación económica está también peor que en 1984, aunque desafortunadamente está mejor hoy de lo que estará al final de 1986.

Todo ello hace que el descontento popular crezca. Este descontento se ha reflejado hasta ahora en el sector laboral y, especialmente, en el sector público. Han proliferado este año huelgas importantes en las que se han mezclado motivos económicos, motivos gremiales y también motivos políticos. En esto hay algo de positivo. Por un lado, los trabajadores e han atrevido a salir de nuevo a la calle y, por otro, el gobierno y la FA, no obstante la prolongación indefinida del Estado de Sitio, han sido bastante tolerantes con estas manifestaciones públicas, muchas de las cuales han obtenido parte al menos de sus exigencias. Ha disminuido el nivel del terror generalizado, aunque sigue alto el nivel del terror especializado. Ya no se reprime indiscriminadamente como en 1980-1982, aunque se sigue reprimiendo dirigidamente a quienes por la más leve sospecha se les supone relacionados con el FMLN. Esta represión no es suficiente para

contener la presión que desata la situación intolerable y la necesidad de empujar algún tipo de solución efectiva. Por otro lado, la represión gubernamental tiene que mantener ciertas apariencias y someterse a ciertos límites. Un gobierno que vende su imagen internacional de democrático no puede ensuciar sus manos con represión violenta contra los obreros, por mucho que sean huleguistas. El bochornoso asalto militar al hospital del Seguro Social mostró que esos caminos podrían costar demasiado costosos. Pero el descontento laboral no puede sino crecer en 1986, a lo que ha de añadirse el descontento de los cientos de miles de salvadoreños sin trabajo. En esta situación pone grandes esperanzas el FMLN, lo cual puede llevar a tensiones represivas muy graves.

La represión vuelve a traer a primer plano la cuestión de los derechos humanos. Las instancias internacionales competentes, aun reconociendo cierta mejoría, siguen condenando a El Salvador junto con solo otros pocos países del mundo. Las Naciones Unidas, dos veces, en Ginebra y Nueva York y la OEA han vuelto a poner sus ojos sobre El Salvador y han vuelto a condenar al gobierno y también al FMLN, de distinta manera según los casos. Y es que realmente no sólo las muertes de civiles en la guerra, atribuíbles en su inmensa mayoría a acciones del gobierno, sino también los asesinatos, los desaparecimientos y las torturas siguen. En el caso de una colaboradora de AID con la comprobada presencia y participación de elementos de seguridad de la embajada norteamericana, tal como lo ha denunciado con pelos y señales un rotativo londinense de toda solvencia. El primer año de la presidencia de Duarte supuso una clara mejoría, aunque todavía en niveles del todo inaceptables, respecto de los años anteriores; pero en este segundo año ya comenzado, sobre todo en los últimos meses, ha habido un empeoramiento cuantitativo y cualitativo, con presencia cada vez más visible de los 'duros' a la hora de combatir la subversión.

El punto crítico puede situarse en torno al secuestro y posterior canje de la hija mayor del presidente. Durante mes y medio, Duarte abandonó la conducción del país para

concentrarse en la liberación de su hija. No fue eso lo peor. Lo peor es que en el caso de su hija puso en juego casi todo su capital político; lo invirtió casi por completo para conseguir la aprobación de la Fuerza Armada y la condescendencia de los partidos y de las fuerzas de la derecha. Más aún, el suceso le desconcertó emocionalmente llevándolo a planteamientos llenos de subjetividad, con los cuales tuvo que pagar la deuda contraída con la ~~aprox~~ aquiescencia de Estados Unidos al canje de su hija y los alcaldes por los presos políticos y los lisiados. Todo ello ha traumatizado a la presidencia y al presidente, no sólo subjetiva sino también objetivamente. El poco control que tenía de las fuerzas militares y económicas se debilitó, mientras que éstas se dispusieron a pasarle la factura. Duarte y su partido se derechizaron y se endurecieron. La cosa podría haber sido estimado inevitable a la larga, pero se precipitó con lastensiones del canje. Ya no hay un centro entre dos extremas sino sólo dos polos, en uno de los cuales está el gobierno y su partido junto con las fuerzas más derechistas.

Esta derechización del ~~pa~~ partido y del gobierno que lleva consigo consecuencias económicas, militares y políticas, está trayendo problemas con las bases populares del partido y con quienes Duarte hizo un pacto social. Prometió diálogo y el diálogo cada vez se aleja más; prometió reformas y las reformas se desvanecen; prometió un programa económico populista y va camino de hacer un programa empresarial dentro de la más pura línea capitalista. Evidentemente las bases del partido no pueden estar de acuerdo con esto. Empieza a darse y va a pronunciarse la quiebra entre la argolla que el partido ha puesto en torno al presidente y cuyos nombres son de sobra conocidos y las bases del ~~pa~~ partido, por lo menos aquellos cuadros que no han sido cooptados con puestos oficialistas. El FMLN habla del PDC como su enemigo principal. Esto no responde a la realidad; su enemigo principal puede ser parte de la cúpula del partido y el gobierno de turno, pero no las bases populares que todavía creen en la ideología reformista del pensamiento democristiano. Empular a éstas a la derechización



a través de una propaganda en que el FMLN no hace distinciones, es una equivocación política que no responde a la realidad y que no pone los ojos en el futuro. Antes o después tendrá que haber una crisis en el PDC que cada vez se convierte más en un partido de derechas con parecidos lineamientos a los de los republicanos de Reagan.

Entre los pocos signos de esperanza en el área, ~~ponen~~ que pueden esfumarse pronto, está la posición un tanto independiente del presidente electo de Guatemala quien ha defendido la tesis de neutralidad activa en Centroamérica, ha visitado al presidente Ortega de Nicaragua y no ha pedido ayuda militar a Estados Unidos. De momento toda una lección para El Salvador y para sus correligionarios democristianos aquí. Honduras, por su parte, sigue presionándonos con la cuestión de límites y espera sacar el máximo provecho siempre bajo el arbitrio de Estados Unidos, que la utiliza indecorosamente para hostigar y atacar a Nicaragua. Costa Rica por su parte ni siquiera es capaz de recibir dignamente a los peregrinos de la paz que quisieran recorrer toda Centroamérica y que son tildados de comunistas, sencillamente porque no se pliegan a los dictados de Reagan. El síndrome del comunismo sigue haciendo estragos entre nosotros y ello es debido a que las condiciones objetivas favorecen indudablemente las tesis marxistas y los movimientos revolucionarios. En vez de superar esas condiciones objetivas lo que se procura es aplastar a quienes buscan cambiarlas.

Y, con todo esto, el pueblo sigue clamando por la paz y la negociación. Cada vez proliferan más los foros que la anuncian y la exigen. La Iglesia impulsa el camino de la paz y de la reconciliación, pero no llega a traducir su prédica en acciones efectivas, a pesar de su condición de mediadora entre las partes en conflicto. Nadie se atreve a tomar la bandera de la negociación como punto central de un programa político por temor a enfrentarse con la derecha nacional e internacional. Ciertamente el FMLN hace planteamientos bien precisos y profundos, pero al ser una de las partes en conflicto sitúa a la contraria en desventaja. El gobierno se queda en declaraciones puramente formales respecto del diálogo. Habrá que esperar a que pase el transcurso actual de este gobierno, a que se recupere de él, para ver si puede gobernar de cara y en respuesta a los intereses populares.